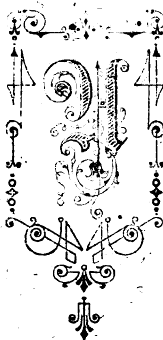
 Delorme y Campos, Jorge.
Albores.


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS

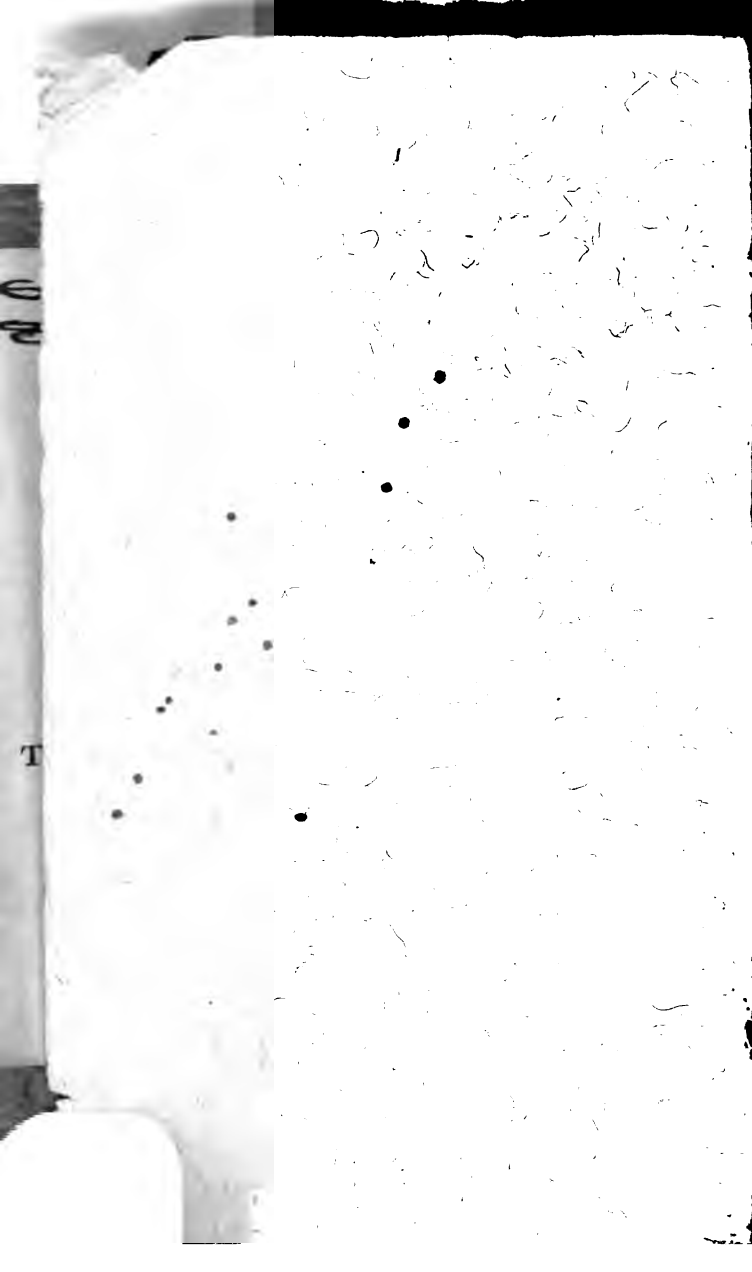
JORGE DELORME Y CAMPOS.



LBORES

GUADALAJARA.

1894.



JORGE DELORME Y CAMPOS.

ALBORES.



Al sabio Sr. D. Justo Sierra
obsequio de un humilde rimador
discípulo suyo, que siempre
lo recuerda con cariño.

Jorge Delorme
y Campos.

GUADALAJARA.

Impreso en la Tipografía "La República Literaria" de Ciro L. de Guevara.

1894.

DOS PALABRAS.

—

Este pequeño volumen contiene los versos que he escrito en el transcurso de cinco años: los colecciono ahora porque casi todos son rastros de épocas amargas, y quiero recordar mis grandes desventuras...... para reírme de ellas. Los publico á pesar de que conozco sus incorrecciones, porque sólo los enviaré á mis amigos y tengo derecho á esperar que éstos los acepten con benevolencia.

Jorge Delorme y Campos.

Las composiciones marcadas con un asterisco son inéditas.

HOJAS DISPERSAS.

HIDALGO Y CUAUHTÉMOC.

En el teatro Degollado el 15 de septiembre de 1889.

—

¿Qué fué de tu poder, nación hispana?
¿Dó brilla el sol que nunca se ponía
Y que alumbró la tierra mexicana?
Sin dejar una huella de su paso,
Hundióse para siempre en el ocaso.
El que en sus ígneos rayos nos envía
La luz desde el zafir de nuestro cielo,
Es el sol de los libres, Patria mía.

Ya puedes, evocando la memoria
De tus grandes hazañas, la victoria
Celebrar en magníficos cantares,
Sin temer que despierte
Del león ibero que descansa inerte
Más allá de los mares,
El rencor que devora el triste pecho
Del que quedó vencido:
Nuestra águila caudal vela en su nido.

¿Quién recobró tras desigual pelea,
Tu independencia y libertad perdidas?
¿En qué cerebro germinó la idea

De romper las cadenas ya enmohecidas,
Con que humillarte en su soberbia plugo
A España, tu verdugo?........
Un sacerdote de cabellos canos
Y frente pensadora,
Cansado ya de soportar tiranos,
Fué el que inició la lucha redentora,
Sin que menguaran de la adversa suerte
A los rudos embates,
Su valor indomable en los combates,
Y su resignación ante la muerte,
Porque con ella expió el crimen bendito
De haber lanzado el memorable grito
Cuyo eco portentoso,
Salvando la extensión del oceano
En las alas del viento,
Anunció al viejo mundo el nacimiento
Del pueblo mexicano.

Europa lo escuchó: de las riberas
Del cantábrico mar, naves ligeras
Enderezando el rumbo á nuestras playas,
Nos trajeron soldados aguerridos
Que aquí fueron vencidos
Y mordieron el polvo en cien batallas,
Pero también ¡oh Dios! los insurgentes
Su sangre derramaron á torrentes.

Padre, descansa en paz: la obra sagrada

Que con heróico empeño
Quisiste consumar, fué consumada;
Los ayes de la patria esclavizada,
Ya nunca turbarán tu augusto sueño.
. . . .
. . . .
Mas hoy, al celebrar tus libertades,
¿No descubres, oh pueblo, en las edades
Que presenciaron la fatal conquista,
Otro héroe cuya vida de dolores
El ánimo contrista?
Como Hidalgo, merece tus loores,
Fué tan grande como él, quizá más grande,
Pues fué más desdichado,
¿Por qué, entonces, lo tienes olvidado?
Ambos lucharon por la misma causa,
Contra el mismo enemigo combatieron,
Los dos en el suplicio perecieron
¡E Hidalgo vive sólo en tu memoria!
¿Es justo que se pierda en el olvido
¿La figura más bella de tu historia?
¿La de Cuauhtémoc, inmortal guerrero
Que ya desesperando
De salvar á su patria tan querida,
A Cortés, el insigne aventurero,
Pidió que lo librara con su acero
Del peso de la vida?
¿La del azteca mártir que asombraba
Por su arrojo sin par, su valentía,

Que todos los peligros desafiaba,
Y en medio del tormento sonreía?

Si el triunfo glorificas, no la idea
Que con perenne brillo
En la mente brotó de ese caudillo,
Como Cuauhtémoc, olvidado sea,
Y canta las proezas de Iturbide,
Tu emperador un día,
El que tu causa combatir debía
Y su deber sacrificó en tu abono;
El te dió con sus armas la existencia,
El fué quien consumó tu independencia....
Para elevarse un trono.

Si el pensamiento noble y levantado
De darte libertad es el que admira
Tu corazón y gratitud le inspira,
Entonces, pueblo amado,
Venera de Cuauhtémoc la memoria,
Pues luchó por hacerte independiente,
No importa que el laurel de la victoria
Lucir no pueda su soberbia frente.
Como Hidalgo, murió por darte vida,
Persiguieron los mismos ideales,
Y los dos para tu alma agradecida
Deben ser inmortales.

—

MUDANZAS

—

Te conocí y te amé cuando me hallaba
De la edad juvenil en los umbrales,
Cuando la mente aún acariciaba
Los bellos ideales
Que inspiran el candor y la inocencia.
¡Qué dulce la existencia
Que disfrutaba entonces! ¡qué risueño
El porvenir que ansioso entreveía!
Y el alma ¡qué feliz cuando vivía
La vida del ensueño!

Y tú me despertaste: aquel cariño
Que enardeciera el corazón del niño,
Se transformó en pasión, con tus halagos,
De mis amores avivaste el fuego,
Te gozaste un momento en sus estragos,
Y lo extinguiste luego.

El tiempo en su carrera
Ha restañado la profunda herida
Del corazón que tanto te quisiera,
Y hoy que pienso en tu amor y que perdida

Está mi bienandanza,
Apagados por siempre los fulgores
Del sol de la esperanza,
A la pálida luz de los recuerdos
Y acallando la voz de mis rencores,
Te vuelvo á contemplar, y el pecho triste
Que cautivó tu esplendida hermosura,
Ve sólo en tu figura
La imagen de otro ser que ya no existe.

¡Caprichos de la suerte! ayer apenas,
Te adoraba de hinojos;
Hoy, cuando alguna vez alzas la frente
Y en mí te atreves á fijar los ojos,
Tus mejillas se cubren de sonrojos,
Mi pecho nada siente;
Y mañana quizá, verdugo mío,
Volviendo á lo pasado,
Reiré de mi candor, de tu desvío
Y de la gracia con que fuí burlado.

—

MI CULTO.

—

Eran sus ojos de color de cielo,
como los tuyos, niña,
en sus labios carmíneos jugueteaba
placentera sonrisa,
y sus cabellos, en dorados hilos,
á su espalda caían.
Mi tierna madre me enseñó á adorarla
al comenzar mi vida,
y hoy, al mirarte, surgen en la mente
las horas fugitivas
de mi infancia feliz, y sin pensarlo,
me postro de rodillas.
Como esa virgen, á mi triste pecho
veneración inspiras,
y como ella también, cuando anhelante
remuevo las cenizas
que dejaron en mi alma los amores
y nubla mis pupilas
el llanto del dolor al ver que fueron
mis ensueños de dicha
burlas tan sólo del destino aciago,
irrisorias mentiras,
con tu bello semblante que la aureola

de la paz ilumina,
con tus ojos azules que retratan
la altura en que se fijan,
la calma me devuelves y parece
que el corazón palpita
á impulsos de otro amor que sólo existe
donde los astros brillan,
donde gozan al fin los que han sufrido,
donde se halla María,
la virgen que adoré cuando mi madre,
con sus dulces caricias,
me enseñó las plegarias de los niños,
que los hombres olvidan.
No temas, al mirarme en tu presencia,
que atrevido repita
las frases que denotan las pasiones
que mi pecho no abriga.
Mereces un altar y lo levanto
sobre las toscas ruinas
de los que antaño dediqué á las diosas
en que ciego creía.
Los recuerdos sagrados de mi infancia,
de mi madre querida
y de la virgen que adoré de hinojos,
para mí simbolizas.
Eres el ideal con que soñaba,
que mi alma presentía,
y fuera sacrilegio confundirte
con las mujeres, niña.

A COVA

—

Es impotente mi lira
Para expresar la belleza
Que te dió naturaleza
Y que á los hombres admira.
El poeta que te mira,
Aunque tenga inspiración,
Si te canta, en su canción
Denota lo que yo siento:
Que le falta pensamiento
Y le sobra corazón.

Sometido de tus ojos
A la mágica influencia,
Y al poder de la elocuencia
De tus dulces labios rojos,
Cayera luego de hinojos
A tus piés un musulmán
De los que creyendo están
Que les depara la suerte
Ver cumplidas tras la muerte
Las promesas del Korán.

—

RELIQUIAS.

—

Cerca de tí, sin fe, decepcionado
Por los embates de la adversa suerte,
Evoqué los recuerdos del pasado
Y volví, como entonces, á quererte.
Como entonces, mi bien, como aquel día
En que huyendo los goces terrenales,
Traspuse conmovido los umbrales
Del edén que tu amor me prometía.

El céfiro en sus alas nos traía
El rumor de la fiesta,
Y oprimiendo tu talle dulcemente
En mis brazos convulsos, de la orquesta
Seguimos el compás. Tu altiva frente,
Pálida de emoción, se doblegaba,
Tu pecho se agitaba
Revelando un placer nunca sentido,
Tus ojos soñadores
Me hicieron olvidar lo que he sufrido,
Y sin pensarlo confesé á tu oído
Que eras siempre el amor de mis amores.

La blanca margarita

Que lucía su espléndida hermosura
En tu rizada cabellera obscura,
Parecióme otra flor que, ya marchita,
Como símbolo fiel de mi ventura,
Conservo entre las prendas que me diste,
Y tu nombre, tu nombre idolatrado
Que en mi carnet escribiste,
Me recordó una carta en que me hiciste
Juramentos de amor que has olvidado.

Estaba junto á tí, de las pasiones
La tormenta rugió y en mi delirio,
Vi brillar otra vez las ilusiones
Que ora son mi martirio.

. . . .

. . . .

Mis ilusiones ¡ay! me las quitaste,
Y en cambio de una efímera alegría,
Mi corazón dejaste
Condenado á letal melancolía.
Todo acabó: tus elocuentes ojos
Me miran con desdén, tus labios rojos
Maldicen la memoria
Del tiempo en que me hablaron con ternura,
Y yo lo sé, pero jamás te olvido,
Porque guardo en mi horrible desventura,
Como recuerdo de mi bien perdido,
Como recuerdo de mi dicha cierta,
Un carnet deshojado, una flor muerta.

A UNA IMAGEN.

Ha mucho dijo mi amor
Que la gracia que te pida,
Será luego concedida
Si te rezo con fervor,

Y lo dijo porque ignora
Que en otro tiempo recé
Y que he perdido la fe
Por tu desprecio, Señora.

Si ya tienes compasión
Del que sufre en este suelo,
Si ya miras desde el cielo
Mi tristeza y mi aflicción,

Ora que vuelvo á rezar,
Sólo una gracia te pido
Que es ¡oh Virgen! el olvido,
Porque quiero descansar.

* * * *

La cruz que con ceniza
El sacerdote dibujó en tu frente,
El fin de esta existencia simboliza
Para tu alma creyente;
Mas para mí que te quisiera tanto,
Esa cruz es cual otras que en los muros
Del triste camposanto,
Indican el lugar donde reposan
Los seres que después de su jornada
Volvieron á la nada.
Sin apiadarte ya, dime ¿no es cierto
Que en tu memoria mi cariño ha muerto?

A UNA MARIPOSA NEGRA.

—

El hombre á quien persigues en tu vuelo,
Mariposa gentil, presagia al verte,
Cercanas amarguras y hondo duelo
Porque eres un heraldo de la muerte;
Mas yo que no hallo á mi dolor consuelo,
Ni temo nada de la adversa suerte
Ni espero nada de la ingrata vida,
Te miro con placer: sé bien venida.

—

DUELO.

—

Cuando en la cruz al redentor del mundo
Sacrificaba la nación judía,
Pálida de dolor, oh madre mía,
Estabas á los piés del moribundo;

Y al través de los siglos, consternada
Te mira aún la humanidad creyente,
De hinojos ante el Ser omnipotente
Que formó el universo de la nada.

En vano la impiedad hace que el hombre
Olvide de su infancia las sencillas
Plegarias que aprendiera de rodillas
Para adorar tu sacrosanto nombre;

En vano se destruyen los altares,
Y, acallando la voz de la conciencia,
Se quieren ocultar en tu presencia
Las lágrimas que arrancan tus pesares.

Quien duda de la Virgen que está sola
Con el Dios que sucumbe y nos redime,
No desprecia á la madre cuando gime
Por el hijo adorado que se inmola.

INVERNAL.

—

Dile, niña, que estoy mala,
que de frío estoy muriendo,
porque el sol está muy alto
y estoy muy lejos del cielo;
y como el invierno llega,
faltando abrigo á mi pecho,
agonizo entre la escarcha,
entre los hielos me muero.

Guadalupe Rubalcaba.

—

A LA SEÑORITA

GUADALUPE RUBALCABA.

Respuesta á la anterior.

—

¿Cuando el sol de primavera
Te ilumina con sus rayos
Y reverdecen los tallos
Que brotan en la pradera,
Dices á tu mensajera
Que te devora el hastío,
Que tu pecho, como el mío,
Sufre el rigor del invierno,
Y en lenguaje dulce y tierno
También te quejas de frío?

Que no arranquen los dolores
Una lágrima á tus ojos;
Si en tu camino hay abrojos,
Están cubiertos de flores.
Cuando vivas sin amores,
Sin fe, sin una ilusión,
Y en tu amarga decepción
Busques en vano el consuelo,
Podrás decir que es del hielo
Perdurable la estación.

Entonces, desvanecida
Para siempre la esperanza
De gozar la bienandanza
Que has soñado en esta vida;
Conociendo la temida,
Implacable realidad,
A impulsos de una amistad
Que nació en horas serenas,
Uniremos nuestras penas
En la triste adversidad.

—

SILVA.

En el teatro Degollado el 16 de septiembre de 1891, con motivo de la distribución de diplomas y medallas concedidos á los jaliscienses en la Exposición Universal de Paris en 1889.

—

De la ignorancia bajo el grave peso,
La triste humanidad languidecía,
Mas hablaron la ciencia y el progreso
Y en las sombras del alma se hizo el día.

Alzóse de improviso
El rey de la creación que era el sumiso
Esclavo de la duda y los errores,
Y en su mente brotaron de la idea
Los primeros fulgores.

¡Adelante! clamó, y á la pelea
Desde entonces intrépido se lanza:
El sol de la esperanza
Disipa las tinieblas del camino,
Y alumbra con sus últimos reflejos
El glorioso destino
Que Dios le ha señalado, allá á lo lejos.

Mirad los galardones de la lucha:

El ruido que se escucha
Como el ¡ay! del vapor aprisionado
Por el genio de Fulton, y que ahora
En el buque, en la audaz locomotora
Y en los templos que el hombre ha levantado
Por doquier á la industria, hace del viento
El pregón de las glorias del talento;
El rayo formidable
Que al dominio de Franklin sometido
Y recorriendo el cable
Oculto por las ondas del oceano
O el hilo telegráfico tendido
Sobre la haz de la tierra,
En lugar del relámpago que aterra,
Hace lucir el pensamiento humano;
La brújula que marca el rumbo cierto
Donde las naves hallarán el puerto,
Y el libro que eterniza la memoria
De los triunfos del arte y de la ciencia,
¿No proclaman que ya la inteligencia
Conquistó la victoria?

Mirad los galardones
Que México ha alcanzado en el certamen
De todas las naciones;
Los premios con que Francia, nuestra hermana,
Jamás nuestra enemiga,
Alienta en el trabajo y la fatiga,
De Juárez á la patria soberana.

Napoleón el pequeño,
Que quiso esclavizarte, ya no existe,
Y tú que altiva demostrar supiste
Que un monarca es un sueño
Y un trono se derrumba,
Hoy que yace el primer Maximiliano,
Tu emperador, oh Patria, en una tumba,
Olvidas lo que fué, tiendes la mano
Y aceptas con orgullo esas medallas,
Porque en la lucha del saber venciste,
Como vences también en las batallas.

Obreros de Jalisco, en este día
Que consagró la gloria,
¿Qué más bello homenaje á su memoria
El grande Hidalgo recibir podría?
Ya sois independientes,
Habeis cumplido su postrer anhelo,
Y ora os ve con ternura desde el cielo,
Ostentando el laurel en vuestras frentes.
No el que brota del seno de la tierra,
Con la sangre y las lágrimas regado,
El que después de pavorosa guerra,
Por darnos libertad gana el soldado:
Vosotros alcanzais el codiciado
Que Minerva cultiva,
Y que nace á la sombra de la oliva.

Ilustre paladín, firme y constante
El pueblo que te debe la existencia,

Persiguió su absoluta independencia
Con pasos de gigante.
La coyunda servil del despotismo,
A la nada muy pronto reducida
Quedó por tu heroísmo:
Nos diste libertad, nos diste vida,
Y después el trabajo y la constancia
Vencieron la ignorancia:
Tu obra de redención está concluida.

—

DECEPCIÓN.

—

Si fuiste de mi infancia
la dulce compañera,
Si toda mi alegría
la debo sólo á tí,
¿Por qué me abandonaste
al fin de mi carrera?
¿Por qué, si te idolatro,
tan pronto te perdí?

¡Ensueños de ventura,
fugaces ilusiones,
Surgís en nuestra mente
á impulsos del amor,
Y luego, al extinguiros,
dejais los corazones
Que ayer os abrigaron,
llorando su dolor!

No ha mucho, en tu ventana
juraste conmovida,
Sabiendo que te adoro,
que siempre me has de amar,
Y juntos entrevimos
los goces de la vida

Que á mí ya no me esperan
en el risueño hogar.

La Virgen -me decías-
te ampara en la existencia,
Tendrás lo que ambiciones,
rezándole con fe;
Oculta en una imagen
me diste una creencia
De tantas que se han ido,
y yo me prosterné.

El cielo no me escucha:
cual tú me ha despreciado,
al ver mis sufrimientos,
no tiene compasión;
Le pido que me otorgue
la dicha que he soñado,
Y al par que tus desdenes,
aumenta mi aflicción.

Alegrate, verdugo,
mis esperanzas pierdo,
Ya miro la implacable
y fría realidad,
Mas queda en mi memoria
grabado tu recuerdo,
Que alumbra de mi vida
la triste soledad.

A LA NIÑEZ.

El 8 de octubre de 1891, con motivo de la distribución de premios á los alumnos del Colegio de la Purísima Concepción, dirigido por el Sr. D. Martín Souza.

—

Aquí reina la paz: el hombre olvida
Las luchas de la vida,
El rigor de la suerte, la inconstancia
De todo lo mundano, y dulcemente
Despiertan en su mente
Los recuerdos sagrados de la infancia.

Cuando los ojos humedece el llanto
Y el triste desencanto
Disipa los ensueños de ventura,
Sentimos que la fe surge radiosa,
Volviendo á la dichosa
Edad en que brilló con su luz pura.

Aquí reina la paz: en este asilo,
Del corazón tranquilo
Renacen las doradas ilusiones,
Aves de paso que el dolor ahuyenta,
Si ruge la tormenta
Que en el pecho desatan las pasiones.

Si pudiera tornar á los escaños
Do mis primeros años
Vi gozoso cruzar en raudo vuelo,
Huyendo los pesares del adulto,
Aquí viviera oculto,
Ya libre de temor, libre de duelo.

El niño que delira y que se afana
Pensando en el mañana,
Al ver que pronto su ambición se trunca,
Inclinará doliente la cabeza,
Pensando con tristeza
Que el fugitivo ayer no vuelve nunca.

¡Oh recuerdo del tiempo más felice,
El hombre te bendice
Al sufrir los embates de la suerte,
Y sin valor y exánime y vencido,
Te busca conmovido,
Y te haya al fin cuando creyó perderte!

Si se alejan la calma y el reposo,
No existe un generoso
Amigo que al mirarnos se conduela;
Todo depende en el combate rudo,
Del arma y del escudo
Que se forjan, oh niños, en la escuela.

Sabed que el desengaño, la perfidia
Y la rastrera invidia

Os siguen hoy con su mirar siniestro,
Y sobre ellos se alcanza la victoria
Teniendo en la memoria
Fijas las enseñanzas del maestro.

Del que, presa de dulces emociones,
Os da los galardones
Que recibís con castos regocijos,
Preludios nada más de otros placeres
Que os guardan esos seres
Que comparten las glorias de sus hijos.

Yo con los triunfos que el saber alcanza,
Gocé de bienandanza,
Por eso al contemplaros estoy triste;
Yo conocí la dicha embriagadora
Que disfrutais ahora,
Y ya esa dicha para mí no existe.

¡Cuánto os envidio! al fin de la carrera
A mí ya no me espera
El hogar con su encanto y sus delicias;
Mis ojos lo verán siempre enlutado,
El cielo me ha vedado
Recibir de mi padre las caricias.

—

EN DÍA DE MUERTOS.

—

Huye de la multitud
Que con suspiros y llanto
Va á turbar del camposanto
El silencio y la quietud.
Si buscas un ataúd
Para exhalar tu dolor,
Acércate sin temor,
Piensa en el mal que me has hecho,
Y llora, niña, en mi pecho,
Que es la tumba de mi amor.

—

EN EL BAILE.

—

Es el mismo salón, la misma orquesta,
Y esa es también la voluptuosa danza
Que juntos escuchamos en la fiesta
Do nació mi esperanza.

¿Por qué, opresa como antes en mis brazos,
Te miro sonreír? ¿por qué si es cierto
Que ya se han roto nuestros dulces lazos
Y tu cariño ha muerto?

¿Si olvidaste las horas de ventura
Cuyo solo recuerdo me conmueve;
Si encubre de tu pecho la blancura
Un corazón de nieve?

¿Si te contemplo con letal tristeza,
Porque he sabido, al recobrar la calma,
Que aumenta de tu rostro la belleza
Con la que pierde tu alma?

No evoques, no, con tus fulgentes ojos
Ni con tu acento, cadencioso arrullo,
La ilusion que extinguieron tus enojos.
Y tu implacable orgullo.

Tu imagen de mi mente se ha borrado,
En mi pecho otro amor forma su nido,
Y ya veo que ocultan el pasado
Las sombras del olvido.

. . . .
. . . .

Sigamos de la danza el compás lento
Y confúndase en ondas de armonía
El postrimer tristísimo lamento
Que arranca tu falsía.

Aquí, en el sitio do por vez primera
Acaricié mis bellos ideales,
Te entrego de mi amor, niña hechicera,
Los despojos mortales.

—

A LA SEÑORITA

AURORA DE ALBA

—

Cuando brillan en oriente
Del astro rey los fulgores,
Abren su cáliz las flores
Y se perfuma el ambiente;
El hombre en su pecho siente
Que renace la alegría,
Pues con la noche sombría
Se van las penas y el duelo,
Y como luce en el cielo,
Luce en las almas el día.

Yo que he sido condenado
A perpetua desventura,
Aun miro con su luz pura
Brillar la dicha á tu lado,
Sólo recuerdo el pasado
Como noche aterradora
Que ha concluido porque ahora
Tengo tu dulce amistad:
Yo estaba en la obscuridad,
Y tú, niña, eres Aurora.

CANTO DE AMOR. *

Versos escritos para ser recitados con acompañamiento de la pieza musical del mismo nombre.

—

Cuando apenas el cielo colora
Con süave, argentado fulgor,
Un destello de pálida aurora
Y rasga la sombra que el mundo cubrió;
Cuando al fin amoroso le envía
A la tierra sus besos el sol,
Cuando empieza el reinado del día,
Ya tiende la noche su negro crespón.

Cuando surge en el fondo del alma
De la dicha el primer arrebol,
Y al influjo de plácida calma
Se borra la triste, cruel decepción;
Cuando llega por fin la ventura
Que la luz de un delirio fingió,
La miramos con honda amargura
Perderse en la noche do impera el dolor.

No te vayas aún ¿qué es la vida
Cuando ya la esperanza murió?

Un suplicio si nunca se olvida
¿Y cómo olvidarla sintiendo el amor?
¡Ay, no puedo mirar que te alejas
Para siempre, mi dulce ilusión,
Y sufrir acallando las quejas
Que arranca á mi pecho el último adiós!

Si las aves remontan el vuelo,
De su nido se pierde el calor,
Y al lanzarse con júbilo el cielo,
La bala traidora va de ellas en pos.
Es un ave de amor la esperanza,
Que muy pronto su vuelo tendió,
La calumnia es la torpe asechanza
Y tú eres el nido, fiel corazón.

—

FUGACES.

—

Al comenzar mi existencia,
Impulsado por la fe,
De rodillas me postré
Del Señor en la presencia.
Ora busco una creencia
Que consuele el corazón
En la triste decepción
Que arranca el llanto á mis ojos,
Y siento, al caer de hinojos,
Que he olvidado la oración.

Soñé la dicha, y dispierto,
Me agobia el cruel desengaño,
Las esperanzas que antaño
Me dieron vida, se han muerto;
El horizonte cubierto
Anuncia la tempestad,
Y do busco la amistad
Hallo sólo la falsía
Que condena al alma mía
A perpetua soledad.

No hay un corazón amante
Y sensible á mis querellas,

Que mis ilusiones bellas
Haga lucir un instante.
Fugitivo é inconstante
Cual la amistad, el amor,
Al extinguirse el calor
Del pecho que fué su nido,
Me ha dejado en el olvido
Y en las garras del dolor.

Mas ¿qué importa? fe querida,
Amistad engañadora
Y amor que el alma atesora
En el abril de la vida,
Si al daros mi despedida
Recobro la dulce paz,
Otra esperanza falaz
No ha de arrancarme una queja,
Sabiendo, al ver que se aleja,
Que es como todo, fugaz.

—

PRESAGIO.

—

Cuando era yo feliz, cuando sentía
        renacer en el alma
las ilusiones de la edad primera
        y la dulce esperanza;
cuando la herida cruel del desencanto
        al fin se restañaba
y el olvido cubría mis pesares
        con su nívea mortaja;
cuando, después de la tormenta ruda
        que la pasión desata,
á mi pecho volvían lentamente
        los goces de la calma;
cuando, fijos en mí tus ojos negros
        de elocuente mirada,
la sombra del dolor desvanecían
        con sus brillantes ráfagas,
del ideal en la región serena
        mi espíritu vagaba,
pensando en la ventura que sonríe
        á los seres que aman.

Yo no sé si el recuerdo del pasado
        me arrancó alguna lágrima;

yo no sé si escuchaste los sollozos
tristísimos que exhala
mi pecho cuando surge la memoria
de mis dichas frustradas;
pero quisiste descorrer el velo
que me oculta el mañana,
quisiste confirmar mis alegrías,
y tomando unas cartas,
las dejaste caer, una tras otra,
de entre tus manos blancas;
tus labios sonriëntes pronunciaron
evocaciones mágicas,
y al conocer los goces y las penas
que el porvenir me guarda,
"No, no puedo creerlas -me dijiste-
á los dos nos engañan:
tú has soñado la dicha y solamente
desventuras presagian."

No lo quise creer, mas desde el día
en que oí tus palabras,
me persigue un fatal presentimiento
y las dudas me asaltan:
mi espíritu infeliz ya no, como antes,
puede tender las alas
y remontarse á la región serena
del ideal que amaba;
las ilusiones que á nacer volvían
y la dulce esperanza,

por la herida que abriera el desencanto
han salido del alma,
y si hoy fijas en mí tus ojos negros
de elocuente mirada,
sabes que sufro porque ves las gotas
de llanto en mis pestañas.
Es forzoso creer lo que dijeron
aquel día las cartas;
el presagio se cumple: por doquiera
encuentro la desgracia.

—

ILUSIONES.

Una calle desierta, una ventana,
Un diálogo de amor,
Y mi novia alumbrada por la luna
Con pálido fulgor.

Su mano diminuta entre mis manos,
Y muy cerca de mí,
Sus labios prometiéndome la dicha
Que soñando entreví.

Tal era el cuadro que mi mente loca
Forjaba con placer,
Cuando sentía del amor la llama
Dentro del pecho arder.

Hoy, al pensar, mi bien, en tu cariño,
Se turba el corazón,
Y gozo contemplando otras escenas
Que forja la ilusión.

Te miro embellecida por la aurora
Con sus rayos de luz,
Miro la iglesia do recé en mi infancia,
Miro á Dios en la cruz;

Sobre tu pecho que de amor palpita,
Miro el blanco azahar,
Y presiento la dicha que me espera
Contigo en el hogar

—

EN UN CARNET.

¡Oh contrastes, allá la armonía
En alas del viento cruzando el salón,
Allá flores, perfume, alegría,
Y aquí, virgen mía,
Muriendo mi dulce, postrera ilusión!

Tú sonríes, y á mí, cuando estrecho
Tu talle en mis brazos, me ves sonreír....
¡Ay! no sabes el mal que me has hecho,
No sabes que el pecho
Que te ama no puede ya tanto sufrir.

Deja, niña, que olvide el pasado,
Tu amor era un sueño de dicha no más,
Y el destino cruel, despiadado,
Ya me ha despertado,
Ya sé que no puedes amarme jamás.

—

Á CRISTÓBAL COLÓN.

En el teatro Degollado, con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Duerme el gran visionario en el convento
Do le prestaron cariñoso abrigo
Cuando llevaba, al implorar sustento,
En su espalda la alforja del mendigo,
Y un mundo en su inspirado pensamiento.

En la curtida faz del noble anciano
Una emoción profunda se revela:
Mira quizás el paraíso indiano
Que ofreció á la católica Isabela,
Perdido en el confín del oceano.

Duerme Colón, mas en su pecho siente
Las heridas de todos los pesares
Con que su alma templó el Omnipotente,
Para lanzarlo á los revueltos mares
De donde ha de surgir un continente.

Recuerda que en su suelo y los extraños,
El ignorante injusto lo desprecia,
Y que transcurren sus mejores años
En Portugal y Génova y Venecia,
Sufriendo por doquiera desengaños.

Después, ante los muros de Granada,
Que la tumba serán del Islamismo,
Se ve blandiendo la fulgente espada
Que supo defender con heroísmo
El estandarte de la cruz sagrada.

De pronto su terrible pesadilla
Viene á ahuyentar, brindándole consuelo,
La imagen de la reina de Castilla,
Que, como un astro en el obscuro cielo,
De su pasado en las tinieblas brilla.

Se borran sus amargas decepciones,
Entre sus labios la sonrisa juega,
Y renacen sus dulces ilusiones
Al contemplar, en sueños, que navega
Su bajel impulsado á otras regiones.

Despierta el genovés, llega á su oído
El murmullo del euro entre las frondas
Cercanas al convento, y el rüido
De la lucha postrera de las ondas
Que exhalan, al morir, triste gemido.

Por la nocturna obscuridad cubierto,
Recibe prosternado la hostia santa,
Y sin temor al porvenir incierto,
Silencioso y tranquilo se adelanta
Por la pendiente que conduce al puerto.

Entonces la compacta muchedumbre
Que sus planes de iluso maldecía,
Lo ve transfigurado allá en la cumbre
Do se levanta el luminar del día
Que el piélago enrojece con su lumbre.

Vuelta la faz al territorio hispano,
"En el nombre de Cristo largad velas",
Exclama con acento sobrehumano,
Y al partir las audaces carabelas
Se estremece rugiendo el oceano.

En un sitio distante que se esfuma,
Mira Colón, mecido por las olas
Que cubre el viento de rizada espuma,
Perderse las riberas españolas
Tras el cendal espeso de la bruma;

Y después, en su espíritu que alienta
La fe sublime que el Señor le envía,
Ve surgir el misterio que amedrenta,
Las asechanzas de la mar bravía
Y el espectro feroz de la tormenta.

Mas nada importa: su ideal fulgura,
En su pecho se abriga la esperanza,
Y vence á la traición, porque en la altura
Hay un ser invisible que lo lanza
A través de la líquida llanura.

Por fin los marineros de la flota
Ven el ansiado término del viaje,
Pues les anuncian la región ignota,
Una rama cubierta de follaje
Y el vuelo del alción y la gaviota.

En los crespones de la noche umbría
Se percibe el fulgor de unas hogueras,
Y á la naciente claridad del día,
Descúbrense á lo lejos las riberas
Que en su mente Colón entreveía.

Allí está: del intrépido almirante
No eran sólo doradas ilusiones
Las que seguía por el mar de Atlante;
Allí está un paraíso en que sus dones
Reunió natura pródiga y amante.

El genovés ilustre se arrodilla
Y una humilde oración eleva al cielo,
Parte después á la cercana orilla,
Y de la fértil Guananhí en el suelo
Tremola el estandarte de Castilla.

. . . .

El secreto arrancado al mar profundo
Enriqueció á los hijos de la Iberia,
Y á tí, Colón, enfermo y moribundo,
Te dejó en el olvido y la miseria
El rey ingrato á quien le diste un mundo.

NOCTURNO.

—

Noches de plata y zafiro,
noches de octubre serenas,
cuando os contemplo extasiado,
en mi memoria despiertan
los recuerdos de mi dicha,
de mi dicha pasajera:
vuelvo á escuchar de la ingrata
que envenenó mi existencia,
las frases y los suspiros
de amor, que el viento se lleva;
me parece que aun me aguarda
cariñosa tras la reja
de su ventana, y que al mundo
del ensueño y las qüimeras
me transportan, como entonces,
sus dulcísimas promesas;
vuelvo á sentir que mis manos
entre las suyas estrecha,
y que de sus negros ojos
sometido á la influencia,
se borran mis decepciones
y mis heridas se cierran.
Mas si mis pasos dirijo

hacia la calle desierta
que vió el fin de mi ventura
y el principio de mis penas,
lloro al pensar que la niña
que amé con ternura inmensa,
ha cerrado su ventana
y me olvida y no me espera....
Ayer mi dicha alumbrasteis
y hoy alumbrais mi tristeza,
noches de plata y zafiro,
noches de octubre serenas.

—

FRÍO.

—

Ya se acercan los días invernales,
Ya el otoño se aleja;
De mi ventana azota los cristales
El cierzo helado, y cual amarga queja,
Llega hasta mí del boreas el murmullo.
Armonías del viento,
Fuisteis ayer aún el blando arrullo
Que me hacía olvidar el sufrimiento,
Y ahora que en mi pecho ya no existe
Una sola esperanza y que apagado
Está el fuego de amor, escucho triste
Vuestras notas que suenan en mi oído
Como el eco distante del pasado,
Como el último adiós del bien perdido.

Con su manto de nieve, entumecido,
Ya se acerca el invierno,
Y el pobre corazón hecho jirones,
Sucumbirá sin el calor interno
Que le robaron ¡ay! las decepciones.
El sol de primavera
No lucirá en mi vida, como antaño,
Mi ventura fué sólo una quimera,

Y el cruel desengaño
La redujo á la nada. ¡Quién pudiera
Abrigar, como tú, verdugo mío,
Un corazón extraño á los amores,
Y esperar del invierno los rigores
Sin que le espante el frío!

—

A LA SEÑORITA

MARÍA LUISA DEL VALLE.

—

El sentimiento que inspira
Tu belleza al corazón,
Busca en vano su expresión
En las cuerdas de una lira.
¿Qué elogio hará quien admira
Tu alma sincera y leal,
Y tu rostro angelical
Con que el ánimo avasallas,
Como el elogio que hallas
De tu espejo ante el cristal?

—

EN SILENCIO.

—

¡Alejarme de tí, mirar deshecho
El lazo de amistad que nos unía,
Y sentir en el fondo de mi pecho,
Que nace una pasión, oh niña mía!

¡No escuchar ya tu voz arrulladora,
Sustraerme al fulgor de tu mirada,
Y abandonarte mi alma que te adora,
Sin ilusiones, ay, y esclavizada!

¿Por qué, si era dichoso, de tu acento
Me cautivó la célica armonía
E hizo en mí despertar el sentimiento
Que me roba la paz y la alegría?

¿Por qué la irradiación de tus ideas
Las sombras de mi mente ha disipado?
¿Por qué el sino cruel quiere que seas
Verdugo, si cual ángel te he soñado?

¡Si supieras, mi bien, cuánto el olvido
Anhela el corazón! ¡cuánto te adoro!
Por mi bello ideal ¡cuánto he sufrido!
Y en mis noches de insomnio ¡cuánto lloro!

¿Por qué te conocí? de mi existencia
Las horas deslizábanse tranquilas,
Nunca sentí la mágica influencia
Que ejercen en el alma unas pupilas,

Y hoy que se han extinguido los fulgores
De la dicha que viera en lontananza,
Siento por tí el amor de los amores,
Que es, oh niña, el amor sin esperanza.

Mas tú no lo sabrás: mi amargo duelo,
Tu noble corazón conmovería,
Y brindarme no puedes el consuelo
Que busco á mi letal melancolía.

Nunca mis quejas turbarán tu gozo,
Aunque sufro, mi bien, cuando te miro;
Nunca el dolor me arrancará un sollozo,
Ni una gota de llanto, ni un suspiro.

—

EN UN DIARIO. *

—

Si acaso se cumplen
los votos de mi alma,
solamente recuerdos de dicha
guardarán de tu diario las páginas.
El Señor que te ha dado hermosura
y talento y virtudes y gracia,
hará que no viertas
jamás una lágrima.

—

OFELIA.

[Shakespeare.]

A Rafael de Alba.

—

Impera la quietud, la luna brilla
Del occidente en el confín lejano,
Y de Elseneur aduérmese en la orilla
Con su eterno vaivén el oceano.

Ansioso Hamlet en la sombra escucha
La voz querida de su padre muerto,
Y en su alma al presentir la horrible lucha
Del odio y el amor, sueña despierto.

Dulce y pálida Ofelia que aun no sabes
Lo que son la tristeza y los dolores,
Porque siempre has vivido entre las aves
Que alegran tu jardín y entre las flores;

Cual luz de estrella, cuando nazca el día,
Se apagará la luz de tu esperanza:
Para Hamlet que tanto te quería,
Sólo hay un ideal que es la venganza.

De la pasión en la contienda ruda
No le conmueves, y al oír tu acento,

Presa del desencanto y de la duda,
Te responde cruel: "Vete á un convento.

Para quedar de la calumnia ilesa,
Debes partir á un sitio donde escondas
Tus ojos del color de la turquesa,
Tu tez de armiño y tus guedejas blondas.

Aun siendo tu alma cual la nieve pura,
La manchará del hombre la falsía,
Cuando mire la espléndida hermosura
De tu rostro sin par, oh niña mía."

¡Pobre Ofelia! de Hamlet el destino
Es tan sólo matar, y él, iracundo,
Se trueca, sin pensarlo, en asesino,
Para dejarte huérfana en el mundo.

Acallada la voz de su conciencia,
No le importan tus lágrimas, te olvida,
Y sigue amenazando la existencia
Del rey usurpador y fratricida.

Conoce la terrible desventura
Con que implacable te abrumó la suerte,
Y te deja buscar en tu locura
El eterno reposo de la muerte.

Ella en las ondas redimirte quiso
De la tristeza, la orfandad y el llanto,

Y el eco se extinguió en el paraíso
De la nota postrera de tu canto.

. . . .

. . . .

El genio con su mágica influencia
Supo hacer, en tu vida de un instante,
El símbolo fiel de la inocencia
Opuesto al de la duda que es tu amante.

Tu alma infeliz, al remontar el vuelo,
Marca con luz las huellas de su paso,
Que brillan como brillan en el cielo
Las del sol que se pierde en el ocaso.

Para el ser que te ha visto sonriënte,
Pensando en el amor de tus amores,
Tú vivirás, Ofelia, eternamente,
En medio de tus aves y tus flores.

—

ESPONTÁNEA.

En el álbum de Josefina.

Yo quiero, Josefina,
Hacer constar en tu álbum que semeja
Tu boca purpurina
Entreabierto botón en que la abeja
Liba la miel; que de tus ojos bellos
Deslumbran los destellos,
Que admiro tu nariz, tu tez de nieve,
Tu talle cimbrador y tu pie breve.
Es cierto y te lo digo;
Mas ya que me has honrado
Llamándome tu amigo,
No sólo te daré un certificado
De tu hermosura, no, sino un consejo:
En calles y en salones,
Donde quiera que estés y haya varones,
Te dirán, cual la luna de tu espejo,
Hermosa, porque lo eres
A despecho de todas las mujeres.
Lo sabes ¿no es verdad? pues en tal caso
No pidas á los vates
Que trepen á la cumbre del Parnaso

A rimar en tu elogio disparates.
No lo hagas, Josefina,
Cual otras que no miento,
Y más que tu belleza peregrina,
Cantarán en este álbum tu talento,
Como yo, con palabras muy sinceras,
Que ni has pedido tú ni las esperas.

—

COMO ANTES. *

—

Vuelvo á tí, pero vuelvo, niña hermosa,
sin fe, sin esperanza,
con recuerdos muy tristes en la mente
y con sombras muy negras en el alma.

Ora, mi bien, como en mejores días,
te aguardo en tu ventana,
al fulgor de la luna y las estrellas
que iluminan la calle solitaria.

Quiero sentir la influencia misteriosa
de tu dulce mirada,
y, oprimiendo tus manos diminutas,
oír embelesado tus palabras.

Ven acá, junto al ser infortunado
que como siempre te ama,
que ayer tuvo ilusiones y sonrisas
y hoy sólo tiene desencanto y lágrimas.

Ven, niña hermosa, y deja que, como antes,
te mire en tu ventana,
al fulgor de la luna y las estrellas
que iluminan la calle solitaria.



Llega hasta mí tu acento melodioso
del céfiro en las alas;
ya miro destacarse en la penumbra
tu talle cimbrador, tu veste blanca.

Estás conmigo al fin, mas no sonríen
tus labios de granada,
ni pronuncian las frases cariñosas
con que antes el edén me transportaba.

Cuando en mi pecho por la vez primera
sentí la bienandanza,
te encontré como ahora, pensativa,
pero no triste porque no llorabas.

Las aves del amor, las ilusiones,
venían en parvadas,
á disipar mis penas con sus cantos
y á entretejer sus nidos en mi alma.

Después.... su velo desplegó la duda
sobre tu frente pálida,
las aves del amor enmudecieron
y empezó mi martirio, niña ingrata.



Aquí me tienes, como en otros días,
al pie de tu ventana,

aunque ahora un recuerdo te atormenta
y un abismo profundo nos separa.

Tú lo sabes, mi bien, sin tu cariño,
mi vida es muy amarga,
porque sólo tristeza y desventura
adivino en la esfinge del mañana.

Si en tu alma generosa el sacro fuego
de amor aun no se apaga,
¿por qué no le devuelves la alegría
al corazón del ser que te idolatra?

Tú me quieres como antes, me lo dicen
el silencio que guardas,
la presión de tus manos y el sollozo
que mis pesares á tu pecho arrancan.

No más tristes recuerdos, no más sombras;
con la fe y la esperanza,
reaparecen los sueños en mi mente
y la luz en el fondo de mi alma.

—

SOMBRAS. *

—

Tú sufres como yo cuando en la noche,
De tu ventana llego ante la reja,
Y ni exhalan tus labios un reproche,
Ni mis labios exhalan una queja.

Como á mí, te atormenta la memoria
Del tiempo en que confiada me quisistes,
Y olvidar no podemos que en la historia
De nuestro amor hay páginas muy tristes.

Nuestras pupilas, á través del llanto
Que al corazón arranca la amargura,
Contemplan por doquier el desencanto
Que proyecta su sombra en la ventura.

—

CARLOTA.

(Gœthe.)

A Luis Corro.

—

Ya cerca el desenlace
tristísimo, veías
Con sombras por doquiera
velado el porvenir,
Y Werther, recordando
sus sueños de otros días,
Sus goces transitorios,
sus muertas alegrías,
Ansiaba libertarse
del mísero existir.

Te habló por la vez última,
tendiéndote los brazos,
No pudo con sus ruegos
moverte á compasión,
Y al fin sin ilusiones
y sin terrenos lazos,
Sintió, cuando partía,
que roto en mil pedazos
Quedaba para siempre
su inmenso corazón.

Vagando en las tinieblas,
dejó por un instante,
Al borde del abismo,
sus lágrimas correr;
De Ossian bajo la influencia,
te vió dulce y amante,
Y quiso que la muerte,
confuso y delirante,
Borrara hasta el recuerdo
del fugitivo ayer.

Sin fe, sin esperanza,
perdido ya el reposo
Y enviándole á la dicha
tu lastimero adiós,
Escuchas, pobre mártir,
delante de tu esposo,
La breve despedida
del hombre que amoroso,
Unir supo en un beso
las almas de los dos.

Tú sufres y á tus ojos
no arrancan una gota
De llanto las pasiones
ocultas en tu ser;
En tí cada suspiro
doliente que no brota,
Realza tu grandeza,
porque eres, oh Carlota,

Venciendo al infortunio,
la esclava del deber.

Condenas á tu amante,
la suerte despiadada
Extingue en su cerebro
la luz del ideal,
Y viendo en su memoria
tu imagen adorada,
Sereno y sin rencores,
de su prostrer morada
Las armas que le envías
espera en el umbral.

El ruido de un disparo
anuncia que el tormento
acaba del que siempre
te amó con frenesí,
Y entonces ¡ay! exhalas
desgarrador lamento,
Y surge en tu conciencia
tenaz remordimiento,
Y sabes que lo quieres
como él te quiso á tí.

Allá en el cementerio,
bajo la tierra fría
Que dora con sus rayos
el sol crepuscular,
descansa de la lucha

de la existencia impía,
Y eleva en los cipreses
sus cantos de elegía,
El viento cuyas ráfagas
sollozan al pasar.

Al cielo han conmovido
sus penas, ya no llores,
Carlota, por tu amado
que deja su prisión:
El ser á quien abruman
el tedio y los dolores,
Envidia á los que huyendo
del sino los rigores,
Le piden á la muerte
su eterna redención.

—

A HIDALGO.

En el teatro Degollado el 15 de septiembre de 1893

—

Cual rugidos de fiera encadenada,
Escuchaste, á través del oceano,
Las quejas de la Europa subyugada
Por el poder de un genio soberano.
Por el corzo que audaz dictó sus leyes
A todas las naciones,
Que en sus esclavos convirtió á los reyes,
Y con mantos de armiño hechos jirones,
A los héroes cubrió de sus legiones.
Supiste que á los golpes formidables
De los bruñidos sables,
Y del cañón al pavoroso estruendo,
A sus plantas miró que, ensangrentados,
Caían los ejércitos aliados
Que iba á su paso por doquier venciendo.
Mas cuando, ya rendidos,
Cien pueblos ensalzaban al gigante,
Salvando la extensión del mar de Atlante,
Llegaron confundidos
Un clamor de entusiasmo delirante
Y un clamor de despecho á tus oídos.

Era que altivo, fiero y ambicioso,
Se estrellaba el coloso;
Era que, al fin, el César de la Francia,
Creyendo de su suerte en la constancia,
Al ibero usurpaba la corona,
Y encontraba en los muros de Gerona,
A los soldados que admiró Numancia.

"Dios lo quiere -pensaste- es imposible
Que el hombre que se llama el invencible,
No halle un pueblo en el mundo que lo venza;
La fe y el sacrificio logran tanto......!"
Y corrió por tu faz acerbo llanto,
Y sentiste vergüenza.
Vergüenza de sufrir el torpe yugo
Con que abrumó la España á tus mayores,
Y de ver á tus mismos opresores
Castigando á un verdugo.

"¡Ah -sollozaste, de dolor transido-
Si al partir de este mundo, como herencia,
Te pudiese dejar la independencia!
¡Si el Señor, que jamás ha desoído
Mis tiernas oraciones,
Trocara en realidad las ilusiones
Que nacen y se agitan en mi mente,
Con qué placer, tras lucha encarnizada,
Vería entre mis manos de insurgente,
Tu ominosa coyunda destrozada!"

Pero la tierra te llamó á sus brazos,
Y al contemplar la fosa que se abría,
Sintiendo el corazón hecho pedazos
"¡No es hora todavía,
—Prorrumpiste con tono suplicante—
Aguarda un solo instante,
Aguarda que siquiera
Clamando libertad mi acento vibre,
Porque anhelo saber que cuando muera,
Cubrirá mis despojos la bandera
Que ha de cubrir también á un pueblo libre!"
Y la tierra espero. De un pensamiento
Vióse irradiar la luz en tu mirada,
Y tu mano senil que al firmamento
Alzó, evocando el sacrificio cruento
De otro gran redentor, la hostia sagrada,
Blandió con ira la fulgente espada.

Para este suelo un porvenir dichoso
Tu alma presentía,
E inmolando la vida y el reposo
Por un bello ideal, cuando nacía
De oriente en el confín el rey del día
Matizando el azul del infinito,
Sublime vengador, lanzaste el grito
De "Independencia ó muerte"
Que en Dolores profético resuena,
Y al oírlo, temblando por su suerte,
Sacudió la melena

El león orgulloso que iracundo
Clavó sus garras en el nuevo mundo.

La lucha fragorosa
Estalló por doquier; los mexicanos
Regaban con su sangre generosa
Los montes y los llanos;
Mas cuando, al fin, con épico heroísmo,
En "Las Cruces" venciste á los tiranos,
Abierto ya el abismo
En que sepulta Dios al despotismo
Contra el derecho en guerra,
Exclamaste con voz enternecida:
"Mi obra de redención será cumplida;
Heme aquí, madre tierra."

Volviste, paladín, noble y sereno,
A nuestra madre llena de ternura
Que te acogió en su seno,
Y rompiendo su frágil envoltura,
Tu espíritu animoso y esforzado
Fué á contemplar su sueño realizado
Desde el zafir de la celeste altura.

. . . .

A tí que nos mostraste los fulgores
Del sol de libertad; que en lid sangrienta,
Desafiaste de España los furores
Y le volviste afrenta por afrenta;

A tí que, redimida,
Ves á la Patria recordar tu gloria
Y escribir, sonriënte y conmovida,
Con las proezas de tu noble vida,
La página más bella de su historia;
A tí que solios gigantescos huellas,
En excelsas regiones
Formados con estrellas
Y en el mundo con tiernos corazones;
A tí ¿qué te diré que dignamente
A tus grandezas cuadre,
Cuando escuchas que un pueblo reverente
Y arrodillado te proclama padre?
Sé que el amor profundo que me inspira
Tu memoria inmortal, ilustre anciano,
Tiene un acento, mas lo busco en vano,
Entre las cuerdas de mi tosca lira.
El que hoy arranca mi convulsa mano,
Es eco de las masas populares
Que vienen á jurar á tus altares,
Llenas de gratitud, guardar ilesos
Los principios augustos de Dolores,
Y hacer que cubra tus sagrados huesos
Su invicto pabellón de tres colores.
¡No lo desoigas. Entusiasmo y brío
Siento en el corazón, fe en la conciencia,
Y aunque mi acento es insonoro y frío,
Con él te juro que tu santa herencia
Sabremos conservar, oh padre mío!

A SOLAS.

Evocaba recuerdos de ventura,
y á mi mente venían
los tristes nada más, los de las penas,
los que amargan la vida.
Sustraído al influjo misterioso
de tus negras pupilas,
no se agitaba ya dentro del pecho
mi corazón, tu víctima;
pensaba que tus frases cariñosas,
que tus dulces sonrisas,
que todos tus sagrados juramentos
eran sólo mentiras,
y al mirar disipados para siempre
mis ensueños de dicha,
y mis últimas, bellas ilusiones,
truncadas y marchitas,
sentí vergüenza por haberte amado,
cual te amé, de rodillas.

Mas ahora que el cielo lentamente
mis penas amortigua,
que puedo verte como ve el incrédulo
una imagen caída

del altar do impasible desoyera
sus plegarias sencillas;
ahora que mis ojos ya no anublan
las lágrimas furtivas
cuando miro tus cartas que antes eran
para mí unas reliquias,
pensando con dolor cuán pronto nacen
y cuán pronto terminan
las pasiones que el ánimo avasallan
y se creen infinitas,
irradian en mi mente los recuerdos
de las horas tranquilas
en que alentó mi pecho una esperanza
y te amé de rodillas.

Forjador de quimeras, á otro mundo
de encantos y delicias
transportábame oyendo tus promesas
de bienandanza, niña;
soñaba en un hogar, en que era tuyo,
en que al fin eras mía,
en que Dios realizaba mis ensueños
enviándome la dicha,
y no me imaginé nunca, al hacerte
mis confidencias íntimas,
que truncaran mis bellas ilusiones
la calumnia y la envidia.
Tú las creíste, de tus labios rojos
no vi más las sonrisas,

el sol de mi ventura llegó á ocaso
y empezó la agonía
dolorosa y cruel del sentimiento
que alumbraba mi vida.

Al contemplarte como siempre bella,
como jamás esquiva,
al saber que en el fondo de tu pecho
no guardas ni cenizas
del amor que en un tiempo te inspiraba
y que de mí te olvidas,
queda otra vez tu imagen seductora
en mi cerebro fija,
y á soportar la mísera existencia
mi alma se resigna.
¿Por qué he de aborrecerte aunque me abrumes
con tu desprecio, niña,
si de otros sinsabores y tristezas
tu recuerdo me libra?
Tú hiciste, disipando mis ensueños
cuando apenas nacían,
que nada espere ya y quien nada espera
no sufre desengaños en la vida.

—

VERSOS SENTIDOS.

En la "Sociedad de Artes y Letras" el 31 de enero de 1894.

A Francisco de Alba.

—

¡Si cuando el pecho suspira
y el llanto á los ojos brota,
pudiese hallar una nota
entre tus cuerdas, oh lira;
si no fuera una mentira
que del bardo el sufrimiento
enardece el pensamiento
y colora su expresión,
con qué profunda emoción
cantara lo que yo siento!

La pena que me tortura
Cuando recuerdo el olvido
Del dulce bien que he perdido
Y que adoré con locura,
La huella radiante y pura
De mi extinguida ilusión,
El tedio, la decepción
Y el ansia de un ideal,
Que llevo, como un puñal,
Clavada en el corazón.

Del cerebro una celdilla
Guarda el embrión de la idea
Que oculta relampaguea
Dentro su cárcel de arcilla;
En la frente que se humilla
Se alza el germen de un cantar,
Y sólo puede vibrar
Melodioso y concertado,
Cual estela de un pasado
Que se quiere recordar.

En las horas de alegría
Como en las horas de duelo,
A otras regiones el vuelo
Eleva la fantasía;
Busca forma y armonía,
Pero en vano, pues no alcanza
A expresar la bienandanza
Ni la decepción secretas:
Sólo cantan los poetas
El recuerdo y la esperanza.

Jamás el dolor presente
Se revela si es profundo;
El dolor huye del mundo
Y está en el pecho, latente.
La estrofa que de la mente
A brotar no se resiste,
Es visión pálida y triste

Y coronada de espinas,
Que se yergue sobre ruinas
A evocar lo que no existe.

Cuando el sol de la ventura
Disipa mi honda tristeza,
No os inspiran la belleza
Ni el amor ni la ternura,
Y cuando apenas fulgura
Para mi espíritu laso,
Entonces marcais su paso,
Cual celajes encendidos,
Porque sois, versos sentidos,
Luz de aurora ó luz de ocaso.

Por la mágica influencia
De unos ojos soñadores,
¡Cuántas veces los amores
Alumbraron mi existencia,
Y maldije la impotencia
Con que mi numen batalla,
Sin saber que cuando estalla
En el pecho una pasión,
Despierta la inspiración
Y el labio, trémulo, calla!

. . . .

Queda en paz, lira insonora,
Mientras ruge la tormenta

Que del corazón ahuyenta
Las esperanzas que adora;
Queda en paz, y si la hora
Del gozo vuelve á lucir,
Tranquilo vendré á pedir
A tus cuerdas un lamento
Que denote lo que hoy siento
Contemplando el porvenir.

—

* * * *

—

Una noche, encontrándome á tu lado,
"Si me olvidas -te dije tristemente-
Mitigará el recuerdo del pasado
La amargura infinita del presente.

Sólo á tí te amaré: sobre la tierra
No hay hermosura igual á tu hermosura,
Ni hay otro amor como el amor que encierra
Tu alma sensible, candorosa y pura."

Lo dije, sí, y ahora que han tornado
Los bellos ideales á mi mente,
Ya lo ves, el recuerdo del pasado
Acibara la dicha del presente.

Me imagino que no hay sobre la tierra
Más que perfidia y dolo é impostura,
Y me estremezco ante el amor que encierra
Un alma al parecer sensible y pura.

—

A LA SEÑORITA

ELENA PADILLA.

—

Quiero, niña, pero en vano,
Escribir versos sentidos
Al vibrar en mis oídos
Los sollozos de tu piano;
Que el pobre lenguaje humano
Expresar nunca podría
Ni la dulce poesía
De esta lágrima que brota
Al influjo de una nota
Que resuena todavía.

—

ESTELAS.

Volad, pobres versos escritos en horas
De paz y de amor,
De dulce esperanza, de dichas traidoras,
De acerbo dolor.

Volad y á la bella que tanto he querido,
Si os llega á leer,
Decidle que nunca relegue al olvido
La historia de ayer.

Volad á sus manos, oh tristes despojos
Del bien que perdí,
Y haced que al miraros se anublen sus ojos,
Habladle de mí

I

La niña de obscuro,
rizado cabello,
de negras pupilas
y labios risueños,
la niña que adora
rendido mi pecho,
¿existe en el mundo ó es sólo una imagen
que está en mi cerebro?

No sé si la he visto
soñando ó despierto,
si acoge ó desprecia
mi tímido ruego:
¿acaso me importa,
si en mi alma la veo,
saber que su imagen es sólo un delirio,
ó que es un recuerdo?

II

Tú no sabes lo que es la desventura,
y por eso sonríes;
yo vivo condenado á la desgracia,
y por eso estoy triste;
tú sabes que obtendrás en este mundo
las dichas á que aspires;
yo sueño con tu amor y sé, bien mío,
que sueño lo imposible.

III

Escucho de tu amor el juramento;
No es quimera, no es sueño, no es delirio,
Y lloro, ya lo ves, porque presiento
Que Dios, tras mi ventura de un momento,
Me depara el martirio.

IV

Como las ondas de rizada espuma
Que apenas al nacer,
Se levantan rugientes del abismo
Y vuelven á caer;

Como las aves que con dulces trinos
Alegran el pensil
Y remontan alígeras el vuelo
Que corta un proyectil;

Así pasaron ¡ay! mis esperanzas,
Y al triste corazón,
No le queda un recuerdo de ventura,
Una sola ilusión.

Pasaron como pasan fugitivas
Las ondas sobre el mar,
Como cruzan las aves el espacio
En su raudo volar.

V

Si acaso mi sufrimiento
No te mueve á la clemencia,
Si no turba tu conciencia
La voz del remordimiento,
Si no sabes lo que siento
Al mirar que en decepciones
Se truecan mis ilusiones
Que fueron sólo un delirio,
Déjame con mi martirio,
No quiero que me perdones.

Mas si al verme prosternado
A tus plantas, niña mía,
Se despiertan todavía
Los recuerdos del pasado,
Y si aun puede un desdichado
Inspirarte compasión,
No me niegues el perdón
Que de rodillas imploro,
Porque, como antes, te adoro
Con todo mi corazón.

Piensa que por tí he vivido,
Y, al escuchar mis querellas,
Evoca en la mente aquellas

Horas de paz que han huído.
No permitas que el olvido
Borre su recuerdo santo,
Haz que cese mi quebranto
Que provoca tu desdén,
Y quiere un poco también
A aquel que te quiere tanto.

VI

Sabiendo que te adoro con locura,
sin piedad me condenas al martirio
de ocultar á tu lado mis pesares
y no hablarte jamás de mi cariño.

Cerca de tí se agolpan en la mente
los recuerdos del bien que ya he perdido,
los de la edad dichosa en que mi alma
se transportó del mundo al paraíso.

Vuelvo á soñar y de mi dulce sueño
me despierta implacable tu desvío,
y en mis labios las quejas enmudecen
y en mi pecho se ahogan los suspiros.

Comprendo que la suerte nos separa,
que se abre entre nosotros un abismo,
y, desgarrado el corazón, me alejo
en busca de la paz y del olvido.

Ya no puedo, mi bien, si la tormenta
ruge en el alma, parecer tranquilo;
ya no puedo volver á contemplarte,
aun te amo mucho para ser tu amigo.

VII

Pienso en lo que ya no existe,
En la ventura que huyó,
Mas por eso no estoy triste
Ni desengañado, no.

A una ilusión placentera
¿Por qué llorarla? ¿por qué?
Esperaba que se fuera
Como todas... y se fué.

Una ilusión es un ave
Que llega y pronto se va;
¿Por qué llorarla? ¡Dios sabe
Si algún día volverá!

VIII

No pensaba, mi bien, que pudiera
extinguirse un amor como el mío,
y por eso, al sufrir tus rigores,
mi pecho exhalaba dolientes suspiros.

Condenado á perder la esperanza,
condenado á perder tu cariño,
arrastraba la triste existencia
que tú transformaste en horrible martirio.

Oculté mis pesares y un día
á tu lado llevóme el destino,
al mirarte, en el fondo del alma
surgió tu recuerdo y reí de mí mismo.

Ya podemos unir nuestras penas,
ya podemos llamarnos amigos,
ya el amor que de tí me alejaba
se esfuma y se pierde en sombras de olvido.

IX

Dicen que te aborrezco ¡qué extravío!
Si ya mi corazón murió de frío
Y los muertos no sienten: las pasiones
Quedaron extinguidas en el alma
Y ora disfruto de la dulce calma
Que sucede á los fieros aquilones.

El odio es la pasión: no te aborrezco
Ni te quiero tampoco; ni padezco
Ni gozo al contemplarte, niña mía;
Ya todo concluyó y está olvidado,
Si aun guardara un recuerdo del pasado,
Si aun pudiera sentir..... te adoraría.

X

Es cierto que te amaba con locura,
Mas es cierto también,
Que al fin he recobrado la cordura
Sufriendo tu desdén.

Ya no pienso en amores, ya no ansío
Una dicha fugaz:
Cuando se tiene el corazón vacío
Se disfruta de paz.

LUCHANDO.

MONÓLOGO

Al Sr. D. Arturo Luxens.

Testimonio de aprecio al amigo y al artista.

Gabinete elegante; una puerta al fondo y otra lateral á la derecha; balcón á la izquierda; mesa escritorio, sofá y sillas; petos, caretas y guantes para esgrima, espadas y floretes; encima del escritorio papeles en desorden, libros, un retrato de mujer y una caja conteniendo cartas, listones, un rizo y flores marchitas. La escena está alumbrada por una lámpara ó bujías. Amanece. El actor aparece sentado junto á la mesa, meditando. Un momento después abre el balcón.

Apenas brilla en oriente
La blanca luz de la aurora;
Aun no ha sonado la hora
Que espera mi alma impaciente.
¿Por qué se ofusca mi mente
Y me duele el corazón?
¿Por qué se halla mi razón,
En esta angustia suprema,
Frente á frente de un problema
Que no tiene solución? Pausa breve.

Ha poco, cuando sentía
Nacer el amor primero,
Ansioso, cual hoy te espero,
También te esperaba, oh día.
Mi estrella resplandecía
Del cielo en la inmensidad,
Y, huyendo la soledad,
Vagaba yo en las regiones
Do se hallan las ilusiones
Placenteras de otra edad.

Era feliz: en mi oído
Vibraba aún, melodiosa,
La dulce voz de la hermosa
Niña á quien tanto he querido.
Entonces ¡ay! conmovido,
Sólo pensaba en vivir.
Hoy sufro, mi porvenir
Hondas tristezas me augura,
Se apaga mi astro en la altura,
Y sólo pienso en morir. **Cierra el balcón.**
Pausa.

Quizá cuando la alborada
Luzca otra vez, ya dichoso
Disfrutaré del reposo
En mi postrera morada;
Donde vuelven á la nada
Quimeras, dudas y amores,
Y los acerbos dolores
Que nos causa el desencanto;
Mas..... ¿quién regará con llanto,
De mi sepulcro las flores? **Pausa.**

Porvenir que entreveía
Con loco y febril empeño,
Hogar tranquilo y risueño
Que forjó mi fantasía,
Como antes, el alma mía
De vosotros vuela en pos;
Pero ¡en vano!.... quiere Dios
Que sufra mi pecho amante,

Y ya se acerca el instante
De daros mi último adiós.

¡Todo ha concluido: la suerte
Me niega la bienandanza,
Me abandonó la esperanza,
Y me refugio en la muerte!
Mas, si te pierdo, al perderte,
Oh mundo ingrato y falaz,
Sé que me aguarda la paz,
Y que ya nunca mis ojos
Verán los tristes despojos
De mi ventura fugaz. **Pausa. Dirigiéndose al retrato.**

Voy á morir porque anhelo
Que vivas siempre dichosa,
¡Que vivas, siendo la esposa
De mi adversario en el duelo!
Tu gozo y tu desconsuelo
Dependen sólo de mí:
El ultraje que sufrí
Puede vengarlo mi espada,
Y.... lo perdono, mi amada,
Y muero pensando en tí.

En tí que estás de rodillas,
Pálida, insomne y doliente,
Secando el lloro que ardiente
Resbala por tus mejillas....
Tal vez en las pesadillas

Con que te abruma el pavor,
Al dueño ves de tu amor,
Que desparece en la tumba, Animándose.
Y quieres que yo sucumba
En el campo del honor....

No temas que el desdichado
Que te adoró con delirio,
Te haga sufrir el martirio
A que él está condenado.
Al evocar el pasado
Perdono el mal que me has hecho;
Mas ya no soporta el pecho
La decepción que lo embarga,
Y así es la vida una carga,
Y la muerte es un derecho. Pausa.

¡Ah! cuantas veces la historia
Dulcísima, pero triste,
Del tiempo en que me quisiste,
Se presentó á mi memoria;
Y al contemplar la irrisoria
Ventura de que gocé,
Me preguntaba ¿por qué
Prolonga Dios mi existencia,
Si ya extinguió en mi conciencia
El luminar de la fe?

Luchando perdí el aliento,
Y, en medio al combate rudo,

El débil brazo no pudo
Librarme del sufrimiento.
Aun escuchaba tu acento,
Madre de mi corazón,
Y tu sencilla oración
Calmaba mis sinsabores....
Hoy calmará mis dolores
Sólo la muerte...... ¡perdón! Pausa larga.

¿Te acuerdas de aquellos días
En que, risueña y ufana,
Hablándome del mañana,
Causaste mis alegrías?
Entonces ¡ay! no podías
Imaginarte siquiera,
Que mi bienandanza fuera
Una ilusión engañosa,
Como tú, casta y hermosa,
Como tu amor, pasajera.

¡Amor!.... de tu sentimiento
¿Acaso supiste el nombre?
¡Frágil amor el que al hombre
Le quita á su paso el viento,
Cual si fuera el juramento
Sacratísimo que oí,
Con ardiente frenesí,
De tus labios de coral,
Que hoy mienten á mi rival,
Después de mentirme á mí!

Y él, insensato, ha creído
Que quiero turbar su calma,
Porque no borra de mi alma
Tu imagen bella el olvido;
Y loco y enardecido
De los celos con la hiel,
Provoca un lance cruel,
Me insulta, y arma mi brazo
Que puede romper el lazo
Que te une, ingrata, con él. **Pausa.**

¿Y si el rencor ó la ira
Ofuscan mi pensamiento?
¿Y si mi espada ensangriento
Por castigar tu mentira?
¿Y si á tu amante que aspira **Con arrebato creciente hasta la transición.**
A demostrar su pasión,
Por la torpe seducción
De tus frases exaltada,
En el duelo una estocada
Le atraviesa el corazón?

¿Si él muere?.... ¿Por qué, Dios mío,
Así mí firmeza pierdo,
Cuando me asalta el recuerdo
De su implacable desvío?
Me abandona el albedrío,
Y comienzo á delirar....
Si ya se acerca al altar,
Y si mi amor desconoce,

¿Por qué privarla de un goce
Que yo no le puedo dar?

Te encuentras en mi camino,
Y por tu dicha me inmolo;
En mi orfandad estoy solo
Y me atormenta el destino.
Si á mi adversario asesino,
¿Qué me deparas, mi bien?
¿Tu odio?.... quizá tu desdén,
Que hará mi dolor eterno......
Un trasunto del infierno,
Y yo he soñado un edén.

¿A qué vivir? los placeres
Me niega el Hado iracundo,
Y miro desierto el mundo
Desde que tú no me quieres.
A los que os aman, mujeres,
Tendeis vuestras asechanzas,
Y luego, en necias mudanzas,
Torturais los corazones,
Convirtiendo en decepciones
Lo que os dan en esperanzas. **Pausa.**

Bien sabes, niña querida,
Que al alma no vuelven nunca,
Ni el ideal que se trunca,
Ni la ilusión extinguida.
Sólo una vez en la vida

Se siente lo que sentí
Cuando á tus plantas caí:
Después.... los otros amores
Nada más son resplandores
Del primero que arde aquí. **Animándose y con sentimiento.**

Amor perdurable y santo
Que iluminó mi existencia,
Amor cuya refulgencia
Miro á través de mi llanto,
Que á impulsos del desencanto
Recobra su intensidad,
Y que, tras la adversidad,
Aun más hermoso fulgura:
Iris que brilla en la altura,
Después de la tempestad. **Pausa larga.**

He aquí los tristes despojos:
Un rizo de sus cabellos;
La flor que, prendida en ellos,
Lució sus pétalos rojos;
Su imagen en que mis ojos
Fijé con orgullo un día,
Y las promesas que hacía
Su pluma, su mente no,
Porque jamás expresó
Lo que su pecho sentía.

Cuando en la tierra no lata
Mi corazón desdichado,

Y hayas tu suerte ligado
A la del ser que me mata,
Entonces, oh bella ingrata,
Me salvarán del olvido
Tus prendas, porque han oído
Los ayes y los reproches
Que me arrancara en las noches
De insomnio, tu amor perdido.

Se oye rodar un carruaje. El actor abre el balcón y se ilumina la escena.

¡Son ellos!.... ¡Señor, mis males
Te moverán á clemencia,
Me lo dice mi conciencia,
De la tumba en los umbrales!
Ya los goces terrenales
No han de halagarme jamás,
Y muero.... Tú llorarás,
Sabiendo que en la partida,
Si sólo te doy la vida,
Es porque no tengo más.

Se presenta un criado revelando la intención de anunciar la llegada de los padrinos del duelo. El actor le indica con un ademán que ha comprendido, y le despide.

La manera de declamar la siguiente décima depende sólo de la inspiración del actor.

¡Me llaman! ¡Sonó la hora!
Se eleva el sol esplendente,
Y los confines de oriente,
Con sus destellos colora.

Del infeliz que te adora,
Se acerca la redención....
Descansa, mi corazón,
Cese tu lucha suprema, **Dispónese á partir.**
Ya está resuelto el problema
Que causaba tu aflicción.

—

INDICE.

